

Francisco García Galindo

# Los españoles y el gran silencio

En cierta ocasión, Manuel Azaña –Presidente de la II República (1936-1939)– dijo que *Si los españoles habláramos sólo y exclusivamente de lo que sabemos, se produciría un gran silencio que nos permitiría pensar*. Esta cita, que el político pronunció hace más de setenta años, pone de manifiesto la particular manera de actuar de los españoles frente a las cuestiones de Estado; porque la actual situación de crisis económica, en la que aún nos encontramos inmersos, es –no lo dude– una auténtica cuestión de Estado.

Algunos países de nuestro entorno han comenzado a salir lentamente de esta situación, bien por las decisiones de sus gobiernos o bien por la propia estructura económica de cada nación; sea como fuere, lo cierto es que esta crisis está afectando a nuestro país mucho más que al resto de los Estados miembros de la Unión Europea y es aquí, donde la cita de Azaña cobra todo su sentido: **¿Hemos guardado silencio para poder pensar en soluciones?**

El Gobierno, acuciado por la necesidad de atajar el déficit y presionado por los diferentes organismos internacionales y por su desmesurado intento de recuperar una imagen de solvencia que le permita devolver a los mercados la confianza en sus posibilidades de recuperación económica, decidió mover ficha para no retrasar ninguna de sus medidas anticrisis por más tiempo. Una de ellas –y puede que la más polémica– ha sido la reforma del sistema de pensiones. ¿Se podía haber hecho antes? Seguramente, sí. ¿Se podía haber aprovechado aquellos años de bonanza en los que *España iba bien*? Todos los estudios realizados sobre el sistema de pensiones augu-

rabán un futuro cuando menos poco optimista. Se hicieron algunas reformas que, por su contenido, aportaron poco –o casi nada– de positivo.

Y ahora nos encontramos en una situación casi desesperada. Nos han obligado a profundizar en reformas estructurales, sobre todo en materia de mercado laboral y en pensiones. La OCDE llegó a calificar a nuestro sistema de pensiones como *demasiado generoso*. Llegados a este punto, nos hemos puesto manos a la obra, dejamos de hacer todo lo demás y nos centramos en todo aquello que nos han dicho que había que hacer; de tal manera que incluso en una reciente visita a nuestro país de Angela Merkel, Canciller de Alemania, dijo sentirse contenta, pero no satisfecha del todo con las reformas adoptadas por España, ya que entendía que nuestros salarios deberían de ir ligados a la productividad y a los beneficios de las empresas, no vinculados al IPC.

A la vista de estos acontecimientos todo parece indi-

car que ya no sólo hacemos lo que hay que hacer, sino que incluso lo hacemos cuando nos dicen que lo hagamos. ¿Qué será lo siguiente que nos digan que tenemos que hacer? ¿Dejaremos de hablar y hablar para guardar silencio y poder pensar?

